

José Ignacio Lacasta-Zabalza

Elecciones colombianas

18 de junio de 2018.

Ha tenido lugar la segunda vuelta de las elecciones presidenciales colombianas. La coalición de derecha y ultraderecha cuyo candidato era el uribista Iván Duque ha obtenido 10. 373. 080 votos y ha ganado esta confrontación. Por su parte, la candidatura de izquierda de Gustavo Petro ha logrado 8. 034. 189. Son ocho millones de papeletas petristas y no siete y pico como ha colado algún periódico español, que posiblemente correspondan a los penúltimos –y no a los últimos- boletines emitidos con suma regularidad y prontitud por la eficaz Registraduría de la República de Colombia. Los votos en blanco escrutados han sido 808. 368, muy pocos, pese a la campaña de los medios de comunicación que se volcaron a su favor en su intento de restar votos al proyecto de Petro. La abstención, pese a que ha descendido en términos generales, sigue siendo endémica y alcanza a la mitad del electorado que no acude a las urnas.

Una porción del periodismo oficial, también del español, hace esfuerzos por meter con calzador la palabra “derrota” cuando se refieren a la votación alcanzada por Petro. Pero sus huestes, lo que se ve en la televisión y en las calles, llenas de gente joven, muchas mujeres, indígenas, afrodescendientes, y todos sus mestizajes, vamos, la Colombia real y no impostada, lo que manifiestan es un fuerte entusiasmo y nada que se asemeje a la tristeza propia del fracaso. Es la votación más alta alcanzada por una fuerza de izquierda en toda la historia de Colombia. Y, además, Petro ha aceptado ser Senador (a lo que tenía derecho por el número de votos), constituyéndose en jefe de la oposición parlamentaria que, sin duda, va a ser muy dura. Ya lo vimos en épocas pasadas en las que acreditó su enorme capacidad oratoria y retórica, en un buen castellano, sin latiguillos y con un acento caribeño que le sirve de adorno idiomático bien útil.

No se trata de establecer aquí una colección de loas a Petro, pues su papel como Alcalde de Bogotá tuvo aspectos así mismo negativos en su gestión (junto a los positivos), pero es un hecho que en la capital colombiana ha sacado 1. 883. 003 sufragios frente a los 1. 445. 779 de la candidatura presidencial de la derecha. Si tenemos presente que el año 2019 es el de las elecciones municipales, entenderemos con razones de peso que los petristas carezcan de esa sensación de “descalabro” que pretenden difundir ciertas propagandas audiovisuales y periodísticas. No es sólo el entusiasmo de una naciente fuerza de izquierda de cientos de miles de personas, sino un prometedor futuro inmediato en ciudades y zonas de la geografía colombiana. Petro ha ganado en el Cauca con un 65% de los votos, en Chocó, y en Nariño. Duque es fuerte en Antioquia y Medellín, feudos tradicionales de su mentor Álvaro Uribe y lugar de surgimiento del paramilitarismo y sus secuencias parapolíticas. Y la derecha ha ganado mucha aceptación en toda la frontera con Venezuela, Santander y Norte de Santander, Cúcuta, por el tremendo problema de la emigración venezolana y porque ha calado la agitación del “castrochavismo” atribuido a Petro. Quien, en la vida real, ha criticado en su campaña a Maduro, con bastante tino matizado, al par que denunciaba la peligrosa xenofobia creciente entre la sociedad colombiana.

Y ahora, ¿qué va a suceder? A tenor de los personajes y fuerzas que han sustentado a Duque, nada bueno. Según lo escribe un fino analista político colombiano, Salomón Kalmanovitz, lo primero que se notará es la presencia del patrón de la ultraderecha colombiana Álvaro Uribe Vélez, quien inspirará la composición de los gobiernos, pues al

fin y al cabo es el inventor del presidente Duque, un hombre joven pero con poca experiencia y escasa formación cultural en economía o en ciencias sociales (*El Espectador*, 18.6.2018). Duque no ha sabido salirse ni por un momento del guión y no se ha atrevido de hecho a tener un debate con Petro, tradicional en este tipo de elecciones. Los uribistas tienen 19 escaños, muy poco, y necesitan los votos de quienes se han sumado a su triunfo: Partido Conservador, Cambio Radical, Partido de la U, y los seguidores de César Gaviria, quien ha dejado al liberalismo colombiano –por su interesado respaldo de Duque- a la altura del betún. Algo les darán a los portaestandartes del fanatismo religioso, Ordóñez y la senadora Viviane Morales, en sus respectivas versiones católica y evangélica, pero contra las madres cabezas de familia, los LGBT, a quienes Uribe ha llamado en campaña “no heterosexuales”, los afrodescendientes y las etnias indígenas, para las que la senadora uribista Paloma Valencia pedía un Departamento aparte en el Valle del Cauca (lo que recordaba demasiado a las Reservas de indios de las películas del Oeste).

Preocupémonos por los Acuerdos de Paz y las conversaciones con el ELN, que pueden traer consigo el incremento de la guerra en forma de disidencias o del crecimiento de la guerrilla. Ojalá nos equivoquemos los dos, pero hago más las observaciones precisadas al respecto por Salomón Kalmanovitz. La política económica que anuncia Duque repercutirá en sentido negativo en las universidades públicas y bajará los impuestos a los ricos, por su demagógica manía de achicar el Estado y el gasto público, así como los impuestos en general en un país que solamente recoge las declaraciones de renta de 2,1 millones de personas (en España son 19, 5 millones). Lo que es un perfecto disparate. A oscurecer más el panorama viene la afinidad de los capitostes Uribe, Pastrana y Duque, con el inefable Trump en un mundo ya polarizado por el magnate norteamericano.

En cuanto a la izquierda colombiana, ésta ha notado el efecto benéfico de Antanas Mokus y Claudia López, también de Clara López, que han moderado y cribado muy mucho los aspectos más radicales de la acción de Petro. Y sin ser petristas, han tenido la suficiente cintura para pedir el voto para Gustavo; son muy responsables del crecimiento espectacular de los ocho millones de votos de Petro. A la izquierda le sobró también el empecinamiento de Robledo, gran político y parlamentario, pero no supo ser generoso y avalar a Petro en la segunda vuelta. Tampoco estuvo a la altura de las circunstancias Sergio Fajardo, otro empecinado del voto en blanco, legítimo, eso sí, pero totalmente inoportuno ante el avance de la derecha. La izquierda tiene ante sí un próximo plebiscito contra la corrupción, iniciativa parlamentaria de Claudia López, movimiento social muy propicio pero en el que tendrá que echar el resto.

Chía/Cundimarca (Colombia), 18 de junio del 2019.